

El golpe

Un día cualquiera despiertas sin imaginar que la vida está a punto de jugarte una mala pasada.

Das vuelta entre las sábanas, bostezas, te restriegas los ojos, te pones de pie, te acomodas el cabello y cuando das un paso viene lo peor.

El dolor es horrible.

Sientes que te inmoviliza.

Lloras.

Piensas que no podrás soportarlo.

Solo quieres gritar.

Eso fue, precisamente, lo que hice aquella mañana cuando al levantarme, torpemente dí, sin querer, un puntapié a la pata de la cama.

Cuando los dedos de mi pie derecho se estrellaron contra ese grueso pedazo de madera sólida... ¡sentí que me moría del dolor!

Siete palabrotas de grueso calibre salieron de mi boca. Esas palabras que comienzan con *p*, con *h*, con *v* o con *ch* y que si mi madre me escuchara pronunciar me cosería la boca con alambre de púas para que jamás las volviera a repetir.

Aunque tenía los ojos nublados por las lágrimas que aparecieron instantáneamente, podría jurar que vi estrellas.

El dolor era tan intenso que llegué a pensar que mis dedos se habían triturado y que, en adelante, todos los zapatos me quedarían grandes.

Me tiré a la cama sujetando mi pie accidentado y seguí maldiciendo durante dos minutos más.

—¿Qué pasó? —preguntó mi mamá con voz adormecida desde su habitación.

—¡Nadaaaaaaayyyy! —respondí con un quejido.

Enseguida escuché que ella caminaba lentamente hacia mi cuarto. Abrió la puerta y me dijo:

—Si no pasó nada, ¿a qué se debe ese vocabulario de chofer interprovincial?

—¡Me golpeé la pata! —le dije mientras me retorecía.

—El pie —corrigió ella.

—Pie, pata, extremidad o pezuña... ¡qué más da! Me golpeé y creo que me rompí todos los huesos.

Aunque no quería llorar tenía la cara llena de lágrimas. Mi mamá se sentó junto a mí y se dispuso a revisar lo que quedaba de mi pie.

—¡Con cuidado! —supliqué.

Ella lo miró detenidamente, tocó, movió huesos y al final me dio su veredicto irrefutable:

—No te pasó nada. Estás bien. Solo tienes un raspón, quizá se te hinchará el pie, y hay una pequeña herida que se curará sola. Vamos, límpiate con un poco de alcohol, ponte una vendita y no seas llorón. Lo mejor será que levantes el pie para evitar la hinchazón.

—¿Patas arriba?

—Pies —corrigió ella.

Poco a poco me incorporé y tomé fuerzas para enfrentarme con el espectáculo en que se habría converti-

do mi pie. Juraba que me iba a encontrar con un amasijo de huesos, sangre y músculos, pero mi pie estaba casi intacto. Como si nada. Apenas una tenue coloración verdosa y un pequeño raspón delataban lo ocurrido.

—Se te pasará —dijo mi mamá convencida—, y a ver si aprendes a usar pantuflas, llevo dieciséis años diciéndote que...

—... que no debo caminar descalzo, ya lo sé, mamá, hoy no me regañes, por favor.

Mamá sacudió mi cabello, que con tantas lágrimas se me había pegado entre la frente y la mejilla, sonrió dulcemente, bostezó levantando sus brazos y al salir de mi habitación pasó recogiendo los calcetines, camiseta, pantalón y cinturón que, debido a mi particular manera de entender el orden, estaban desperdigados por el piso como si hubiera caído un misil junto a mi cama.

—Es el dolor más terrible —le dije cuando la vi salir.

Ella volteó a mirarme y con la mayor sutileza y amor me dijo:

—Te prometo que el dolor pasará, te quedará una marquita, pero no es el fin del mundo... ¡Ahora, a poner las patas arriba!

—Pies —corregí yo.

Capítulo I

Todo comenzó cuando decidimos participar en el concurso: El Rey del Jamón y Beso.

Mi amigo Pablo y yo nos inscribimos puntualmente porque el premio resultaba muy interesante. Los organizadores de este concurso clandestino invitaron a toda la secundaria (sin que se enteraran las autoridades, claro está) a un concurso para devoradores de pizza de jamón. El que más pedazos de pizza pudiera comer en cinco minutos ganaría el gran premio: un beso de 60 segundos con Brenda Scott, una chica norteamericana, de quinto de bachillerato, que por su aspecto debía ser la hija de Barbie y Ken.

¡Pablo y yo queríamos ganar ese premio! Nuestro historial de besos era bastante raquítico. Pablo había besado a dos chicas en un juego de la botella, y luego supimos que ambas habían dicho que besar a Pablo era como besar a un semáforo: era frío, se ponía rojo y se quedaba parado como un tonto.

Yo había besado a una compañera en un juego de penitencias en el que el premio consistía en un disco de Arjona, y el castigo era un beso conmigo. Yo protesté y dije que el castigo debería ser escuchar a Arjona, pero una

amiga añadió: «Tienes razón, Arjona es horrible y sin gracia, pero no creo que tu beso sea mejor».

Con esos antecedentes, Pablo y yo nos entrenábamos intensamente para el concurso de devoradores de pizza. Comíamos todo lo que podíamos. A la hora del recreo cada uno se zampaba un mega sándwich de pollo, dos paquetes de galletas, tres helados, cuatro bolsas de papas fritas y cinco caramelos de menta para evitar el aliento de dragón. Al salir del colegio pasábamos por un kiosco en el que vendían comida para albañiles y obreros de las construcciones cercanas, y junto con ellos nos echábamos un cerro de arroz con lentejas, dos huevos fritos y una pata de pollo que parecía pata de mamut. Luego de eso íbamos a mi casa y almorzábamos la comida nutritiva que mi mamá había preparado, pero cada uno le añadía dos panes. Después pasábamos a nuestro tercer almuerzo en la casa de Pablo que, ante la poca creatividad gastronómica de su mamá, casi siempre consistía en un plato de sopa de garbanzos y un segundo plato de menestra de garbanzos con pescado frito y ensalada de garbanzos.

Con aquel arduo entrenamiento sentíamos que los garbanzos se nos salían por los ojos, pero nada de eso importaba, porque ambos soñábamos con el beso de 60 segundos con Brenda Scott.

Con la barriga hinchada como la del chofer del autobús del colegio, nos tumbábamos sobre la alfombra de la sala y comenzábamos a pensar en cómo disfrutaríamos de ese premio:

—Si yo gano —decía Pablo entusiasmado—, tienes que tomarme 60 fotos cuando reciba mi premio. ¡Una por cada segundo que dure el beso! Empapelaré mi habitación con todas esas fotos. Las ampliaré a tamaño pared. Las colocaré en el techo para quedarme dormido contem-

plando mi triunfo, y en el baño para mirarlas mientras me ducho...

—Ojalá eso haga que te bañes con más frecuencia.

—¡Lo digo en serio, Tiago! Si cuando Brenda me bese yo no caigo al piso con un infarto de tanta emoción, prométeme que me sacarás todas las fotos posibles con tu cámara.

Pablo me llamaba Tiago porque decía que yo de santo no tenía ni un pelo, y mi nombre completo, Santiago, le provocaba risa. «Si tú eres un santo, entonces yo soy Madonna», solía decirme cuando escuchaba a alguien llamarme cariñosamente Santi.

Los organizadores habían determinado que el día del concurso sería el viernes 22 de abril, al salir de clases, en el gran cuarto donde el conserje del colegio guardaba los elementos de limpieza y jardinería. Ese conserje era cómplice del concurso y además miembro del jurado calificador. Él se encargaría de comprar las pizzas con el dinero recaudado de las inscripciones y de la venta de entradas. También, ayudaría a los organizadores a colocar luces estroboscópicas, parlantes y equipos de audio, para hacer del evento un gran show.

Todos los interesados en convertirnos en el Rey del Jamón y Beso practicábamos durante semanas. La dificultad radicaba no solo en la cantidad que pudiéramos comer durante los cinco minutos, sino que las reglas impedían que los participantes tomáramos líquido durante el concurso, con lo cual, al octavo pedazo de pizza, la sensación de sequedad en la garganta era tal, que sentíamos como si estuviéramos comiéndonos un colchón de lana de borrego, con el borrego incluido.